

Muerte de un soldado americano*

Por *J.D. Salinger*

Juanita siempre me está arrastrando a ver un millón de películas, y miramos las que pasan por acá, sobre la guerra y todo eso. Tú ves un montón de tíos realmente buenmosos a quienes les disparan limpiamente, exacto donde no les echan a perder la pinta para nada, y siempre tienen hartos tiempo, antes de que la palmen, de mostrar su amor por alguna muñeca de allá en casa, con la cual, al principio de la peli, tienen una seria controversia acerca de qué vestido debería llevar ella en el baile del colegio. O, el tío que la está palmando bonito y pausado tiene hartos tiempo para agarrar los papeles que ha capturado del general enemigo o de explicar antes de qué trata toda la peli. Y por mientras, todos los demás tíos buenmosos, sus amiguitos, tienen hartos tiempo para mirar como el tío buenmoso la palma. Entonces tú no ves nada, excepto escuchar a un tío con una corneta en la mano soplar algunos toques fúnebres. Luego ves el pueblo del tío muerto, y alrededor un millón de personas, incluyendo al alcalde y a los compinches del tío muerto y a su muñeca, y tal vez el Presidente, todos alrededor del féretro del tío, haciendo discursos y llevando medallas y luciendo más estupendos en sus ropas de luto de lo que lo hacen la mayoría de los pueblerinos emperifollados para una fiesta.

Juanita se traga todas esas cosas. Yo le digo que seguro es una bonita manera de palmarla; entonces ella se muestra realmente enojada y dice que nunca más vendrá a ninguna función conmigo; entonces a la semana siguiente miramos el mismo número de nuevo, sólo que la guerra es esta vez en Dutch Harbor en lugar de Guadalcanal.

Juanita partió ayer a su hogar en San Antonio para mostrarle las urticarias de nuestros hijos a su vieja; lo cual es mejor que dejar a la vieja dama irrumpir por acá con ochenta y cinco maletas. Pero le conté a ella acerca de Burke justo antes de que partiera. Hubiera deseado no hacerlo. Juanita no es una dama común y corriente. Si ella ve una rata muerta tirada en la calle, empieza a darte golpes con sus puños, como si fueras tú la causa de eso. De modo que casi lamento haberle contado sobre Burke. Me pareció simplemente que podía impedirle de hacerme ir a todas esas películas de guerra todo el tiempo. Pero lamento haberle contado. Juanita no es una dama común y corriente. Nunca te cases con una dama que sea común y corriente. Tú puedes comprarle a una dama común y corriente unas pocas

cervezas, tal vez bailar suavcito con ella, cosas como esas, pero nunca te cases con ella. Espera por una del tipo que empieza a darte con sus puños cuando ve una rata muerta tirada en la calle.

Si voy a contarte acerca de Burke, tengo que ir un largo trecho atrás, explicar un par de cosas, más o menos. Tú no has estado casado conmigo por doce años y no sabes acerca de Burke desde el comienzo. Yo estoy en el Ejército, mira. No es correcto. Voy a empezar de nuevo, más o menos.

Tú escuchas a los tíos que llegan al enrolamiento maltratar al Ejército, decir cómo desearían estar afuera y de vuelta a casa, comiendo buena comida china de nuevo, durmiendo en buenas camas otra vez, ese tipo de cosas. No hacen daño, pero no es agradable de escuchar. La comida china no está mal ni hay nada malo con las camas. Cuando llegué al principio al Ejército, no había comido en tres días, y dónde había estado durmiendo, bueno eso no importa.

Conocí muchos más tíos buenos en el Ejército que los que había conocido cuando era un civil. Y he visto cosas grandes en el Ejército. He estado casado por doce años, y desearía ganar un dólar por cada vez que le dije a mi esposa, Juanita, acerca de algo grande que había visto, y que le hizo decir, “Eso me pone la carne de gallina, Philly.” A Juanita se le pone la carne de gallina cuando tú le cuentas acerca de algo grande que has visto. No te cases con ninguna dama a la cual no se le ponga la carne de gallina cuando le cuentas acerca de algo grande que has visto.

Entré al Ejército unos cuatro años después que terminó la última guerra. En mi hoja de servicio pusieron que tenía dieciocho, pero en realidad tenía dieciséis.

Conocí a Burke el primer día que entré. Era un tío joven entonces, tal vez de veinticinco o veintiséis, pero no era la clase de tío que alguna vez hubiera lucido como un tío joven. Era un tío realmente feo, y los tíos realmente feos nunca lucen muy jóvenes o muy viejos. Burke tenía un pelo negro tupido que se alzaba como estopa de acero, más o menos, sobre su cabeza. Tenía unos hombros divertidos, inclinados y diminutos, y su cabeza era a su modo demasiado grande para ellos. Y tenía unos ojos a lo Barney Google realmente bizcos, bizcos, bizcos. Pero su voz era lo más loco, o casi. No había otra voz como la de Burke. Escucha esto: era de dos tonos. Como un silbato de fantasía. Me imagino que en parte por eso no hablaba mucho.

Pero Burke podía hacer cosas. Tú tomas a un tío realmente feo, con una voz de dos tonos, con una cabeza demasiado grande para sus hombros, con unos ojos bizcos, bizcos, bizcos; bueno, esa es la clase de tío que puede hacer cosas. He conocido cantidades de Harry Buenmozos que no estaban tan mal a la hora de la verdad, pero nunca hubo uno de ellos que pudiera hacer las cosas grandes de que estoy hablando. Si el cabello de Harry Buenmozo no estaba peinado correctamente, si no había escuchado de su chica

recientemente, o si nadie lo había estado observando al menos una parte del tiempo, Harry no era capaz de hacer un buen papel. Pero un tío realmente feo sólo se tiene a sí mismo desde el principio al final, y cuando un tío se tiene sólo a sí mismo, y nunca nadie lo anda mirando, pueden suceder algunas cosas realmente grandes. En toda mi vida sólo conocí otro tío aparte de Burke que podía hacer las cosas grandes de que estoy hablando, y también era un tío feo. Era un vagabundo chico de orejas torcidas con tuberculosis que trabajaba en un camión de carga. Él detuvo a dos gorilas enormes que me estaban golpeando cuando tenía trece años, sólo insultándolos, o casi. Era como Burke, sólo que no tan bueno. Lo que lo hacía bueno era en parte que tenía tuberculosis y estaba casi muerto. Burke era bueno siendo saludable.

Antes que nada tal vez tú no pensarías que lo que Burke hizo por mí fue realmente gran cosa. Pero tal vez, también, tú nunca tuviste dieciséis años, y como yo, estuviste sentado en tu litera de recluta en tus calzoncillos largos, no conociendo a nadie, asustado de todos los tíos grandes que recorrían el piso de los barracones camino a afeitarse, mirando como si fueran duros sin pretenderlo, la manera en que miran los tíos realmente duros. Era un equipo duro, y puedes tener mi palabra de que lo eran. Los muchachos eran casi todos del tipo duro tranquilo. Me gustaría tener una moneda por cada metralla o cicatriz amarillenta que he visto en esos muchachos. Era la antigua compañía del capitán Dickie Pennington durante la guerra y eran todos del ejército regular, y no habían sido separados tras la guerra, y habían estado en todos los trabajos sucios en Francia.

De modo que me senté allí en mi litera, con dieciséis años, en mis calzoncillos largos, lagrimeando porque no entendía nada, y esos tíos grandes y duros caminaban arriba abajo en el piso de los barracones, jurando y conversando entre ellos con toda tranquilidad. Y yo sentado allí llorando, en mis calzoncillos largos, desde las cinco de la tarde hasta las siete de la noche. No es que los tíos no trataran de espabilarme. Ellos lo hacían. Pero, como dije, sólo hay un par de tíos en el mundo que realmente saben como hacer las cosas.

Burke era sargento segundo permanente en esa época y entonces los permanentes sólo hablaban con otros permanentes. Quiero decir los permanentes excepto Burke. Porque Burke se acercó adonde yo estaba sentado en mi litera lloriqueando con la cabeza baja, aunque bien en silencio, y se paró al lado mío por cerca de veinte minutos, sólo mirándome, sin decir nada. Entonces se fue y luego volvió. Lo miré un par de veces y me figuré que estaba viendo al tío más feo que había visto en mi vida. Aún en uniforme Burke no era ninguna belleza, pero esa primera vez que lo vi, él tenía puesta una bata de fantasía, y en el viejo Ejército sólo Burke podía exhibirse con eso.

Por un largo tiempo, Burke sólo se paró al lado mío. Entonces, de repente, sacó algo de del bolsillo de su bata de fantasía y lo tiró sobre mi litera. Tintineó como si tuviera guita adentro, cualquiera que fuera la cosa. Estaba envuelta en un pañuelo y tenía más o menos el tamaño del puño de un niño.

Miré la cosa y luego a Burke.

“Desata los extremos y ábrelo”, dijo Burke.

De modo que abrí el pañuelo. Adentro había un turro de medallas, todas sujetas entre ellas por las cintas. Había un lote, y eran de las mejores. Quiero decir las mejores.

“Póntelas”, dijo Burke, con esa ridícula voz suya.

“¿Para qué?”, dije.

“Sólo póntelas”, dijo Burke. “¿Sabes lo que son?”

Una de ellas estaba suelta y la tenía en mi mano. Sabía lo que era, muy bien. Era una de las mejores, sin duda.

“Seguro”, dije. “Reconozco ésta. Conocí a un tío que tenía ésta. Un poli en Seattle. Él me dio una mano una vez”.

Entonces le acerqué a Burke el turro completo de medallas de una vez. Había visto la mayoría sobre tíos, en alguna parte.

“¿Son todas tuyas?”, le dije.

“Sí”, dijo Burke. “¿Cuál es tu nombre, Mac?”

“Philly”, dije. “Philly Burns.”

“Mi nombre es Burke”, dijo. “Ponte las medallas, Philly”

“¿En mi ropa interior?”, dije.

“Seguro”, dijo Burke.

Así lo hice. Desanudé el turro de medallas de Burke's y colgué cada una de mi ropa interior de recluta. Era tal como si hubiera recibido una orden para hacerlo. El tío de ojos bizcos y la voz ridícula me dijo que debía hacerlo. De modo que las colgué, directo sobre mi pecho, y algunas de ellas justo debajo. No sabía todavía lo suficiente como para ponerlas a la izquierda. Me las puse allí mismo, al medio del pecho. Entonces las miré, y recuerdo una lágrima grande, gorda, de niño, caer de mi ojo y aplastarse en la Croix de Guerre de Burke. Miré a Burke, asustado de que se enojara por eso, pero simplemente me miraba. Burke, él realmente sabía como hacer cosas grandes

Entonces, cuando todas las medallas de Burke estuvieron en mi pecho, me incorporé un poco fuera de mi litera y me deslicé abajo con fuerza, de modo que al tambalearme todas las medallas de Burke repicaron como campanas de iglesia, o algo así. Nunca me había sentido tan bien. Entonces como que miré a Burke.

“¿Has visto alguna vez a Charlie Chaplin?”, dijo Burke.

“He escuchado hablar de él”, dije. “Está en las películas”

“Sí”, dijo Burke. Entonces dijo, “Vístete. Ponte el chaquetón sobre tus medallas”.

“¿O sea justo encima de ellas?”, dije.

Y Burke dijo, “Seguro. Justo encima de ellas”.

Me levanté de mi litera con todas las medallas tintineando, y miré alrededor en busca de mis pantalones. Pero le dije a Burke, “No tengo uno de esos pases para cruzar el portón. El amigo en la casuchita dijo que no estaría escrito todavía hasta dentro de un par de días”.

Burke dijo, “Vístete, Mac”.

De modo que me vestí y Burke se vistió. Entonces se fue a la sala de ordenanzas y salió en un par de minutos con mi nombre escrito en un pase. Entonces caminamos hacia el pueblo, yo con las medallas de Burke tintineando y haciendo ruidos metálicos bajo mi blusa, sintiéndome como un pez gordo, casi feliz. ¿Entiendes lo que trato de decir?

Yo quería que Burke se sintiera algo feliz también. No habló mucho. Tú nunca podías decir en qué estaba pensando. Yo lo llamaba “Mister” Burke la mayor parte del tiempo. Ni siquiera sabía que se suponía que debía llamarlo sargento. Pero pensándolo bien, la mayor parte del tiempo no lo llamaba nada; de la manera cuando tú piensas que un tío es realmente impetuoso, tú no lo llamas nada, como si sintieras que no puedes ser demasiado sociable con él.

Burke me llevó a un restaurante. Comí de todo, como un caballo, y Burke pagó la cuenta completa. Él no comió mucho.

Le dije, “No está comiendo nada”.

“No tengo hambre”, dijo Burke. Entonces dijo, “Me lo paso pensando en esta chica”.

“¿Qué chica?”, le dije.

“Hay una chica que conozco”, dijo Burke. “Tiene cabellos rojos. No se contonea mucho cuando camina, sólo camina de manera bien derecha”.

Nada de eso le hacía sentido a un niño de dieciséis años.

“Se acaba de casar”, dijo Burke. Entonces dijo. “Sin embargo yo la conocí antes”.

Nada de eso me interesaba, de modo que seguí alimentando mi cara

Después que comimos (después que yo comí) fuimos a ver el espectáculo. Era Charlie Chaplin, como había dicho Burke.

Entramos y las luces no se habían apagado todavía, y cuando íbamos caminando por el pasillo, Burke le dijo “Hola” a alguien. Era una chica de cabello rojo, y ella dijo “Hola” en respuesta a Burke. Ella estaba sentada con un colega de civil. Entonces yo y Burke nos sentamos en alguna parte. Le pregunté si ésa era la pelirroja de la que estaba hablando cuando comíamos. Burke más o menos asintió con la cabeza y enseguida comenzó la peli.

Yo me moví en mi asiento toda la función, de manera que la gente podía escuchar las medallas haciendo ruidos metálicos. Burke no permaneció durante la función completa. Por la mitad de la peli de Chaplin me dijo, “Quédate y mírala, Mac. Voy a estar afuera”.

Cuando salí después de la función le dije a Burke, “Qué pasa Mr. Burke? ¿No le gusta Charlie Chaplin?”. La cara me dolía de tanto reír con Charlie.

Burke dijo, “Él está muy bien. Sólo que no me gusta ni encuentro divertido que tíos pequeños estén siempre siendo perseguidos por tíos grandes. Nunca se consiguen chicas. Les pasa casi siempre.

Luego yo y Burke volvimos al campamento. Tú nunca podías saber qué tipo de pensamientos tristes estaba pensando Burke cuando caminaba, pero todo lo que yo estaba pensando era, ¿querrá él todas esas medallas de vuelta de una vez? Siempre tuve una especie de deseo de que me gustaría haber sabido lo suficiente esa noche para decirle algo más o menos agradable a Burke. Hubiera deseado decirle que él era mejor que esa pelirroja a la que había conocido primero. Tal vez no eso, pero podía haberle dicho algo. Gracioso, ¿no? Un tío como Burke podía vivir una vida entera siendo un gran hombre, realmente un gran hombre, y sólo veinte o treinta tíos, a lo más, sabrían probablemente sobre aquello, y apuesto que no habría uno entre nosotros que tenía una sospecha sobre aquello. Y nunca ninguna mujer. Tal vez un par de damas comunes y corrientes, pero nunca una del tipo que no se contonea cuando camina, del tipo de las que caminan casi derechas. Y ésas, del tipo que a Burke le gustaban realmente, eran alejadas por su cara y ese mal chiste que era su voz. ¿Estaba bien eso?

Cuando volvimos a los barracones, Burke dijo, “¿Quieres quedarte con las medallas por un tiempo, no es así, Mac?”.

“Sí”, dije. “¿Puedo?”.

“Seguro”, dijo Burke. “Puedes quedártelas si quieres”.

“¿No las quiere?”, dije.

Dijo Burke, “No lucen tan bien en mí. Buenas noches, Mac”. Entonces se fue para adentro.

De seguro yo era un niño. Llevé las medallas de Burke sobre mi ropa interior de recluta por tres semanas seguidas. Las llevé incluso cuando me lavaba en las mañanas. Y ninguno de esos pájaros duros me tomó el pelo en absoluto. Eran las medallas de Burke las que yo llevaba encima. Ellos no sabían qué es lo que motivaba a Burke, pero alrededor de un sesenta por ciento de los tíos en ese grupo había estado en Francia con Burke. Si Burke me había dado sus medallas para que las llevara en mis ropas de recluta, estaba bien para ellos. De modo que nadie se rió ni me tomó el pelo.

Sólo me saqué las medallas para devolvérselas a Burke. Fue el día en que fue nombrado sargento primero. Estaba sentado solo en la sala de ordenanzas (el tío estaba siempre solo), como a las ocho y media de la noche. Me acerqué a él y le dejé sus medallas en la mesa de trabajo; estaban todas sujetas juntas y envueltas en un pañuelo, tal como él las había tirado sobre mi litera.

Pero Burke no las tomó en cuenta. Tenía una caja de lápices infantiles en su mano y estaba dibujando un cuadro de una chica con el cabello rojo. Burke podía dibujar realmente bien.

“No las necesito más”, le dije. “Gracias”.

“Okay, Mac”, dijo Burke, y tomó su lápiz de la mesa. Estaba dibujando el pelo de la chica. Dejó simplemente que las medallas se quedaran allí.

Empecé a retirarme, pero Burke me llamó de regreso, “Hey, Mac”. Sin embargo, no paró de dibujar.

Volví hacia su mesa de trabajo.

“Dime”, dijo Burke. “Dime si estoy equivocado o casi. Cuando tú estabas en tu litera llorando...”.

“No estaba llorando”, dije. (¡Qué infantil!).

“Okay. Cuando estabas sentado en tu litera riéndote con la cabeza baja, ¿estabas pensando en que te gustaría estar de espaldas en el furgón de un tren que se ha detenido en un pueblo, con las puertas laminadas abiertas a medias y el sol en tu cara?”.

“Algo así”, dije. “¿Cómo lo sabe?”.

“Mac, yo no llegué a este Ejército directo desde West Point”, dijo Burke.

Yo no sabía qué era West Point, de modo que sólo lo miré pintar el cuadro de la chica.

“De seguro se ve como ella”, dije.

“Sí, ¿verdad?”, dijo Burke. Luego dijo, “Buenas noches, Mac”.

Comencé a irme de nuevo. Burke como que me llamó de vuelta. “Te están transfiriendo desde aquí mañana, Mac. Estoy consiguiendo que te envíen a la Fuerza Aérea. Va ser cosa grande”.

“Gracias”, dije.

Burke me dio un consejo final cuando traspasaba la puerta. “Hazte hombre y no le cortes la garganta a nadie”, dijo.

Me despedí de ese equipo a las diez de la mañana del día siguiente, y nunca más volví a ver a Burke en mi vida. En todos esos años simplemente nunca me encontré con él. No sabía cómo escribir en esos días. Y aún si hubiera podido, no habría sabido cómo; Burke no era de la clase de tíos al cual se le escribe. Era demasiado grande para mí, en cualquier caso.

Ni siquiera habría sabido que el propio Burke había sido transferido a la Fuerza Aérea, si no hubiera recibido esa carta de Frankie Miklos. Frankie había estado en Pearl Harbor. Él me escribió esa carta. Quería contarme acerca de este compañero de voz absurda; un maestro, decía Frankie, con nueve condecoraciones por actos de servicio. Llamado Burke.

Burke está muerto ahora. Le llegó su hora allá en Pearl Harbor. Sólo que a él no le llegó su hora exactamente como ocurrió con otros tíos. Burke se la buscó. Frankie vio a Burke buscar su hora, y he aquí lo que Frankie me escribió:

La artillería pesada japonesa estaba cayendo a baja altura, lanzando sus cargas justo encima del área de barracones, y la artillería liviana bombardeaba toda el área. Los barracones no eran un lugar donde estar más o menos seguro, y Frankie decía que los tíos sin armamento pesado salían corriendo y zigzagueando en busca de cualquier abrigo decente a medio camino. Frankie decía que tú no podías librarte de los aviones Zero. Parecían estar a la caza, en especial de tíos que iban zigzagueando por las calles buscando abrigo. Y las bombas seguían cayendo también, decía Frankie, y tú pensabas que te ibas a volver loco.

Frankie y Burke y otro tío lograron llegar a un refugio okay. Frankie decía que él y Burke estuvieron en el refugio por cerca de diez minutos y luego otros tres tíos entraron en él.

Uno de los tíos que entró al refugio empezó a contar lo que había visto recién. Había visto a tres soldados rasos que recién se habían reportado al comedor como policías, encerrarse ellos mismos en el refrigerador del comedor, pensando que allí estarían a salvo.

Frankie decía que cuando el tío hubo contado eso, Burke se puso de pie repentinamente y comenzó a abofetear la cara del tío unas treinta veces, preguntándole si estaba loco o algo así, dejando a esos tíos dentro de ese refrigerador. Burke dijo que no era un lugar seguro en

absoluto, que si las bombas no le daban un golpe directo, la vibración mataría de todas maneras a los soldados rasos, aunque el refrigerador estuviera bien cerrado o casi.

Entonces Burke se largó del refugio para sacar a esos tíos del refrigerador.

Frankie decía que él trató de hacer que Burke no fuera, pero que también comenzó a abofetear su cara realmente fuerte.

Burke logró sacar a los tíos del refrigerador, pero fue baleado por un Zero en su ruta, y cuando finalmente logró abrir las puertas del refrigerador y les dijo a los muchachos que salieran de allí, la entregó para siempre. Frankie decía que Burke tenía cuatro agujeros entre sus hombros, todos juntos, como disparos de repetición; y Frankie decía que la mitad de la mandíbula de Burke había sido arrancada.

Murió totalmente por sí mismo y no tuvo mensajes para enviar a ninguna chica ni a nadie, y no hubo nadie que organizara un gran funeral de primera para él aquí en los Estados Unidos, ni ningún corneta brillante sopló un toque de silencio para él.

El único funeral que consiguió Burke fue cuando Juanita lloró por él cuando le leí la carta de Frankie, y cuando le conté de nuevo lo que sabía. Juanita no es una dama común y corriente. Nunca te cases con una dama que sea común y corriente, amigo. Cásate con una que lloraría por un Burke.

*** Título original: Death of a Dogface**

Publicado en The Saturday Evening Post CCXVI, Abril 1944 con el título de Soft-Boiled
Sergeant

(Traducción al español: Bartolomé Leal)

© Ecdótica